

# INTRODUCCIÓN A LA ANTOLOGÍA DE CUENTOS DE MANUEL ROJAS

«Nací en Buenos Aires, en una casa situada en la calle Maza, entre las de Estados Unidos e Independencia, barrio Boedo». Así comienza *Imágenes de Infancia*, relato autobiográfico de Manuel Rojas inexplicablemente postergado por las empresas editoras, que privan así al público lector no sólo de valiosa información acerca de los primeros años –decisivos– en la formación de uno de los más grandes narradores de este continente, sino también del goce de la lectura de una de sus obras más frescas, más sinceras, más humanas.

«Todos los secretos de un escritor, todas las experiencias de su vida, todos los rasgos de su espíritu están presentes en su obra y, sin embargo, exigimos comentarios y relatos biográficos». (Virginia Woolf *Orlando*). Tal es el epígrafe con que encabeza Enrique Espinoza, escritor argentino y amigo entrañable de Manuel Rojas, la semblanza biográfica de éste que figura como Introducción en la Antología de cuentos que publicó Zig-Zag en 1957. Y es tanta la verdad del enunciado de la gran escritora inglesa que antes de referirnos a cada uno de los cuentos aquí antologados, como un modo de justificar su inclusión en la presente antología, sólo nos detendremos para caracterizar someramente la tendencia literaria, el período y la generación de Manuel Rojas: su vida está en su obra transmutada en perenne belleza por acción de la gracia que algunos hombres –pocos, privilegiados– reciben junto con su existencia.

Nacido en 1896, pertenece Rojas a lo que Cedomil Goic llama «la primera generación superrealista»,<sup>1</sup> es decir, a él y a sus coetáneos –Vicente Huidobro, Pablo Neruda, Benjamín Subercaseaux, Marta Brunet, todos nacidos entre 1890 y 1904– les corresponde inaugurar una nueva sensibilidad, un nuevo sistema de preferencias, un nuevo «mundo», en el riguroso sentido que da a esta expresión José Ortega y Gasset.<sup>2</sup> Y es una doble tarea la de ellos: hacia adelante y hacia atrás, la de fundar lo nuevo –lo que todavía no es– y la de liquidar lo viejo –lo que ha dejado de ser. Y es una doble tarea más imperativa que la de otros, porque la suya es una generación-gozne entre dos períodos –dos tendencias– violentamente antagónicos y polémicos: ¿ni siquiera comparten el mismo concepto de literatura...!

Entre 1920 y 1934 empiezan a aparecer las primeras manifestaciones de este cambio trascendental; precisamente dan testimonio de él los cuatro primeros cuentos aquí incluidos. Son los años de plena

---

<sup>1</sup> El trabajo más lúcido y riguroso entre nosotros en torno a la ordenación generacional de nuestros escritores, corresponde al Dr. Cedomil Goic. Cfr. «La novela chilena actual. Tendencias y generaciones», en *Estudios de Lengua y Literatura como Humanidades*, Santiago, 1960; *La novela chilena*, Editorial Universitaria, Santiago, 1968 (Hay tres ediciones); *Historia de la novela hispanoamericana*, Ediciones Universitarias, Valparaíso, 1972

<sup>2</sup> Cfr. *El método histórico de las generaciones*, Julián Marías, Revista de Occidente, Madrid, 1949 (Es la exposición más sistemática y ordenada, ya que las ideas de Ortega están diseminadas en varios libros: *El tema de nuestro tiempo*, *En torno a Galileo*, *Ideas y creencias*, etc.)

vigencia del Naturalismo mundo-novista (Criollismo, entre nosotros); Mariano Latorre a la cabeza y un nutrido y selecto grupo de escritores publican, polemizan, disertan sobre sus concepciones teóricas y sus obras literarias, de inspiración vernacular y «telúrica» —como se repetía incansablemente después del Conde de Keyserling.

Los «nuevos», sin embargo, llevan la voz cantante del descontento y de la insatisfacción, tanto en la teoría como en la praxis literaria. Es que las generaciones se traslapan, «cabalgan» unas sobre otras, lo que posibilita el cambio histórico según Ortega. Ellos fundan revistas como Letras e índice, son ávidos lectores de los maestros europeos y norteamericanos, son universalistas por oposición al cerrado regionalismo de sus predecesores, acogen a todos los «ismos», practican las mayores audacias formales, incorporan escabrosos asuntos y complejos motivos a sus obras, concebidas como estructuras autónomas, autosuficientes. Está naciendo una literatura más artística, más depurada de todo ese lastre histórico, sociológico, geográfico —¡y hasta botánico y zoológico!— que le impedía planear a gran altura.

Dan testimonio de la apasionada y lúcida vocación con que participó Manuel Rojas en este alumbramiento, sus ideas del libro *De la Poesía a la Revolución* (Ediciones Ercilla, Stgo., 1938), colección de brillantes ensayos que en nada desmerecen frente a sus obras de creación.

Entre 1935 y 1949 esta generación impone sus creencias y las que le siguen resultan precisamente «generaciones acumulativas», es decir, agradecidas herederas suyas que procuran incrementar y desarrollar al máximo todas las posibilidades del rico legado recibido. Tal es el caso del «neorrealismo» (1950-1964) y del «irrealismo» (1965-1979), dentro del período superrealista (1935-1979).

**Norman Cortés**